escribidores en la WEB

RELATOS CREADOS POR HOMBRES Y MUJERES MAYORES DE 65 AÑOS DEL TALLER ESCRIBIDORES (DESDE 2017) MIRAFLORES. escribidores40@gmail.com

ew2021-6

El Coloso. La mejor persona frente a un transgresor/defensor (*)

Escribidora:
PILAR STRONGUILÓ
(Lima, 1960)

En una de sus vacaciones de la universidad, José María fue invitado por su buen amigo del colegio Lucho al puerto de Huacho.
A José María le gustaba salir a correr a las cinco de la madrugada y fue así como pudo conocer a muchos pescadores del puerto; hombres de mar que trabajaban desde el primer canto del gallo para llevar sabrosos pescados y mariscos a los vendedores del mercado de la ciudad. Le gustaba tomar desayuno con ellos. No les faltaba un aromático café y un sabroso pan. Se sentía cómodo entre esos hombres sencillos y sus familias, que lo acogieron como un pescador más.
En uno de sus paseos matutinos por el puerto, conoció al griego Soterios del que se hizo muy amigo. Soterios era grande e imponente como un gigante, de anchas espaldas y hombros poderosos. Cuando José María lo vio por primera vez, el marinero le extendió su enorme mano y le dijo:
—Hola yo soy Soterios. ¿Yo pesco y tú?
José María sonrió y le dijo:
—Yo no pesco, pero me gusta comer muchos sándwiches de pejerrey.
El hombre de mar se rió a carcajadas y desde ese día cuando veía a José María lo llamaba para que comiera junto con él, pejerreyes u otros pescados fritos.
Soterios era imponente, tenía una piel bronceada, curtida por el sol y una cara grande y redonda. Por su carisma y bonhomía, lejos de inspirar temor, provocaba ternura. Era una miel para los niños del puerto que lo buscaban para que los cargara y les diera vueltas por los aires. No obstante, su mirada bondadosa, su poderosa risa y su facilidad para hacer amigos, su vida era un misterio… nadie sabía cómo había llegado a las costas peruanas. Un buen día apareció en Huacho cargando una mochila, sacó de ella sus aparejos de pesca y comenzó a ayudar a unos pescadores con sus redes. Le gustaba compartir todos sus secretos para lograr una buena pesca. Se sabía que era griego, pero nada más. De todas las familias del puerto había una en especial que había acogido a Soterios sin importarle sus orígenes. Se trataba del viejo Juan y de su nieto Pedrito.
Pedrito y Soterios desarrollaron una hermosa amistad, de esas que al solo mirarlas no puedes evitar emocionarte. El niño corría hacia el gigante cada vez que regresaba del mar y se le colgaba del cuello a besos. Fue Pedrito el que le puso el apodo del "El Coloso" en alusión a la gigantesca estatua de la ciudad de Rodas que el niño había visto en sus libros de historia. Daba ternura ver al Coloso con su manota entrelazada con la manito del niño.
Un día José María fue testigo de un diálogo muy hermoso entre los dos compinches:
—Coloso ¿me prometes que un día me dejarás navegar contigo? —pedía con ojitos suplicantes el niño.
—Por supuesto Pedrito, —contestó con una sonrisa resplandeciente Soterios— pero tú debes saber que esta carrera como hombre de mar tiene sus etapas.
—Prosiguió el coloso— Primero debes ser grumete y convertirte en el más rápido en izar la vela, tirar las redes al mar y silbar sonoramente a las chicas bonitas. Solo así podrás ascender a marinero y te harás acreedor a tu primer uniforme.
Desde ese día muchos fueron testigos de la diligencia de Pedrito ayudando a levantar con sus manitas la vela, tirando una parte de las redes y silbando con todas sus fuerzas a las señoritas jóvenes y mayores que paseaban por el puerto, divertidas ante las ocurrencias del niño.
Don Juan, el abuelo del niño también se encariñó con el gigante que le recordaba a su hijo perdido en el mar. Trató de convencerlo de que trabaje para la Compañía Transmar que se llevaba toda la anchoveta que se capturaba en el puerto. Todos los pescadores habían aceptado ceder su pesca porque esta Compañía les había prometido velar por la educación y la salud de sus familias. Soterios, desconfiado de tantas promesas, nunca quiso trabajar para ellos.
Un buen día, Pedrito llegó enfermo de la escuela y no fue a recibir al gigante al puerto. Soterios sospechó que algo había pasado y fue corriendo a la casa del niño. Encontró al abuelo poniendo paños fríos sobre la frente de su nieto. Pedrito al ver a su amigote le dijo: —Coloso, yo sé que tienes poderes. ¿Crees que puedes curarme para poder vestir de marinero y navegar contigo un día como me prometiste?
El abuelo Juan había intentado usar el seguro que tenía, pero tristemente comprobó que se trataba de una farsa.
Soterios se fue corriendo a buscar al médico del hospital estatal a su propia casa. Este, un poco por consideración a la familia y otro por temor al Coloso, acudió a examinar al niño. Después de realizarle una serie de análisis concluyó que Pedrito presentaba un cuadro de meningitis bacteriana que se podía combatir con un antibiótico que no tenían en ninguna de las dependencias de salud del estado.
—Tal vez en una farmacia lo puedan obtener, pero es una medicina muy cara —dijo el médico a don Juan y a Soterios.
Soterios fue a cada una de las farmacias de la ciudad. Todas negaban tener la medicina porque sabían que no estaba al alcance de los pescadores. Sospechando la mentira, Soterios le pidió a José María que fuera a preguntar por el antibiótico. La primera botica que visitó le dio una respuesta afirmativa, le dijeron al muchacho que tenían la medicina y también cuanto costaba. El precio era tan elevado que no estaba al alcance del universitario que con gusto les habría dado el dinero. No había tiempo, tampoco, de organizar una colecta entre pescadores.
El abuelo Juan había perdido las esperanzas de obtener el remedio para su nieto, pero contra todo pronóstico, esa misma noche apareció misteriosamente, sobre la mesa de noche de Pedrito, la medicina que le salvó la vida.
Al día siguiente todo Huacho amaneció alborotado. Se reportó que una de las farmacias había sido saqueada. Los vidrios de la ventana se encontraron rotos y los barrotes completamente deformados. Se encontró que faltaban muchos implementos de salud y también todas las existencias del antibiótico para curar la meningitis. El hecho era la comidilla de todo el mundo y principalmente de las personas que sabían quién había sido el responsable. A partir de ese día tampoco se volvió a ver a Soterios en el puerto.
Días más tarde, el Coloso fue sindicado como el autor del robo, pero no pudieron atraparlo. Los pescadores que lo vieron perpetrar el hurto durante la noche nunca dieron cuenta a las autoridades de haberlo visto. Sabían que lo había motivado el cariño por su amiguito y por eso lo defendieron con su silencio. Una de las familias más conocidas y religiosas de Huacho, justamente la de la señorita Maricucha Linares, lo escondió en el sótano de su casa y se rumorea que hasta lo ayudaron a escapar durante la madrugada del día del robo.
Pedrito se quedó muy triste sin su gran amigo, pero con la esperanza de que, así como un día había llegado regresaría y lo llevaría de paseo por el mar. Nunca regresó, pero por muchos años en cada navidad Pedrito recibió un regalo con una tarjeta dedicada… Para que nunca te olvides de tu amigo El Coloso. Finalmente, gracias al gigante, el niño tuvo su primer traje de marinero y la gorra de capitán.
Después de un tiempo José María, quien también se había apenado por la desaparición de Soterios averiguó que su nombre en castellano significa "Salvador". Fue precisamente su vocación de salvador la que lo motivó a cometer un delito y transgredir las leyes, con el riesgo de perder su libertad.

A los dos años, una casualidad hizo que José María se entere un poco más de la vida de su amigo. Recibió extrañamente, un álbum en donde aparecía la figura inolvidable del coloso en la isla de Mikonos. En las fotos se le veía mucho más joven rodeado de su familia. En la última página del álbum había un recorte de periódico en donde se mencionaba que se buscaba al autor del incendio de una fábrica de conservas de pescado que operaba en el puerto y explotaba a sus trabajadores. Uno de los sospechosos era un tal Soterios Theodorakis.
José María aprendió del coloso acerca de la generosidad y del desprendimiento y de como un defensor y salvador puede llegar a ser un transgresor en respuesta a un poder ciego que no repara en las personas y que puede incitar a actos de violencia en gente de buen corazón.

(*) Historia publicada en el libro *La mejor persona que aun no conozco* de la autora.

TALLER CREATIVO
ESCRIBE
UN LIBRO TU LIBRO
Milagros Salas Ochoa